

Debate intelectual sobre el movimiento social de mujeres y participación política durante la dictadura cívico-militar chilena, 1980-1990

Debate intelectual sobre el movimiento social de mujeres y participación política.

Pacheco, Valentina.

Cita:

Pacheco, Valentina (2017). *Debate intelectual sobre el movimiento social de mujeres y participación política durante la dictadura cívico-militar chilena, 1980-1990* Debate intelectual sobre el movimiento social de mujeres y participación política. XVI Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia. Departamento de Historia. Facultad Humanidades. Universidad Nacional de Mar del Plata, Mar del Plata.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-019/594>

Debate intelectual sobre el movimiento social de mujeres y su participación política durante la dictadura cívico-militar chilena, 1980-1990^{1*}

Valentina Pacheco Parra
Universidad Alberto Hurtado

Introducción

La presente investigación de carácter exploratoria, se propone realizar un acercamiento al debate intelectual sobre el movimiento de mujeres durante la dictadura chilena. Este debate contempla a intelectuales de distintas áreas de las Ciencias Sociales, quienes observaron de manera tangencial o participativa en dicho movimiento, por lo que se rescatará la producción de conocimiento de estos sujetos elaborada durante la coyuntura dictatorial y de los primeros años de transición a la democracia. En este sentido, las apreciaciones y los estudios sobre las formas organizativas femeninas, transitará en dos direcciones: por una parte, aquellos que advierten que la compleja participación e involucramiento de la mujer en política, condujo a la formación de un movimiento social débil y con baja capacidad de incidencia. Por otra parte, las actoras de dichas organizaciones respondieron de manera temprana a dichos cuestionamientos, utilizando las herramientas de las ciencias sociales para defender y justificar al emergente movimiento con sus nuevas lecturas de la política en tanto ideología y praxis.

En ese sentido, lo que este estudio propone es que el movimiento de mujeres se estructuró y categorizó como tal a partir de nuevas lecturas de la práctica política y las formas de asociatividad, incluyendo nuevas categorías de análisis y perspectivas ideológicas, como lo son los estudios de género y el feminismo, respectivamente. Así, la construcción de este movimiento no se concibe en base a categorías cerradas y bien delimitadas, sino que en constantes estados de inclusión y exclusión de elementos. Con esto queremos decir que las distintas organizaciones construyeron un movimiento con fronteras

¹ Esta investigación se ha realizado en el marco del proyecto Fondecyt titulado: “ONGs y generación de conocimiento político y social. Intelectuales y política en el Chile de los años 80: Otra perspectiva para comprender la ‘transición’”, a cargo de la Dra. en Historia Cristina Moyano Barahona. N° de proyecto: 1150049.

*La presente investigación fue aceptada para las XVI Jornadas Interescuelas en Mar del Plata, Argentina. En la mesa N° 110 titulada “Intelectuales, Cultura y Política en Argentina y América Latina en la segunda mitad del siglo XX”. **PARA PUBLICAR EN ACTAS.**

móviles, en donde su configuración implicó que tanto la resistencia y oposición a la dictadura, como también la auto-conciencia en torno a la condición de la mujer, fueran dos elementos que caminaron en conjunto. Por tanto, la integración en el ámbito político resultó dificultosa en la medida de que el intento por formar una identidad femenina colectiva debía realizarse a la par del ejercicio político mismo, por lo que cada paso que dio este movimiento implicó conectar diversos elementos en un contexto de crisis, tales como: condición de la mujer, identidad femenina, análisis de la situación coyuntural, integración en el ámbito político, propuestas políticas atingentes y también la problemática relación que los movimientos sociales tuvieron con los partidos políticos.

En base a ello, en términos metodológicos se utilizarán textos elaborados por FLACSO (Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales), artículos publicados en la revista *Proposiciones* perteneciente a la ONG SUR, artículos de Isis Internacional (específicamente lo referido en *Ediciones de la mujer*), y los análisis de coyuntura elaborados por la ONG ECO. Este material nos ayudará a poner en perspectiva tres elementos: primero, que la producción intelectual de la época abarco a una amplia gama de profesionales provenientes de distintos sectores y con diferentes perspectivas para el análisis coyuntural en sus distintas dimensiones políticas, sociales, culturales y económicas. En segundo lugar, las diversas plataformas de difusión de conocimiento, fueron espacios de sociabilidad en donde la circulación de estos debates estuvo al servicio de la interacción de los distintos actores que compusieron la oposición a la dictadura. Por último, una de las características de estos debates y producción de conocimiento asociada, es la participación activa de los intelectuales, quienes no reflexionaron a partir de una mirada externa, sino que del involucramiento o, como se denomina, a partir de la intervención-acción en donde los propios actores y protagonistas del conflicto fueron los que también produjeron material analítico y crítico.

I. Participación política

Complejidades de la integración y participación política femenina

El movimiento y las organizaciones de mujeres durante la dictadura emergieron y se desarrollaron sobre un problema estructural que refiere a la participación de la mujer en el escenario político y los niveles de injerencia en las reformas y transformaciones en dicho espacio. Esto fue discutido por Manuel Antonio Garretón, quien definió el problema a partir de tres supuestos: el poco acceso de la mujer en espacios de poder; que existió un menor interés en la actividad y participación política; y que no existió un movimiento social de mujeres que se comparara a otros movimientos sociales en Chile². Esta tesis fue compartida por Adriana Muñoz, quien indica que “es necesario precisar que no se puede denominar movimiento de mujeres a la reconocida existencia de un conjunto de organizaciones de origen diverso, y con propósitos también diversos, que más bien constituyen –a juicio de la expositora- un “Mundo Social Mujer”³. Efectivamente el movimiento de mujeres se constituyó a la luz de distintas inquietudes, demandas y formas organizativas en donde la *política de la acción afirmativa*⁴, acuñada por Alejandra Castillo –que apelaba a la lógica de mayor participación y visibilidad es igual a una mayor igualdad–, no presupone que el acceso a los espacios de poder – público y político – implicaran una incidencia sustancial. Si bien lo propuesto por Garretón resulta importante en la medida de que el movimiento de mujeres ha respondido a coyunturas y procesos históricos específicos, cabe señalar que según la periodización realizada por la socióloga y teórica Julieta Kirkwood⁵, el movimiento de mujeres data de una existencia de mediados del siglo XIX, en donde si bien se ha respondido a hechos coyunturales, el movimiento no ha dejado de existir, más solo ha tenido periodos de silencio propios de los ciclos de movilización colectiva.

Kirkwood, siendo una reconocida socióloga que participó en la fundación de organizaciones feministas como el Círculo de Estudios de la Mujer y Casa de la mujer La

² Garretón, Manuel Antonio, *Espacio público, mundo político y participación de la mujer en Chile*, Documento de trabajo N°2, Santiago: FLACSO, 1990.

³ Muñoz, Adriana, “La voluntad de ser movimiento”, En *Los movimientos sociales frente al plebiscito*, taller de análisis Movimientos Sociales y Coyuntura N°2, Santiago: ECO, 1988, p. 19.

⁴ Castillo, Alejandra, *Nudos feministas*, Santiago: Palinodia, 2011, p. 11.

⁵ Kirkwood, Julieta, *Ser política en Chile. Las feministas y los partidos*, Santiago: LOM Ediciones, 2010.

Morada y que se involucró activamente del Movimiento Feminista de la época, advirtió tempranamente las complejidades del involucramiento de las mujeres en política, indicando que si no existe una politización del ámbito privado, que es el espacio asignado culturalmente a las mujeres, difícilmente habrá una participación política en los espacios públicos. Para su superación sería necesario instalar en el imaginario femenino una superación de las consideradas “cualidades femeninas”⁶, lo cual representa dificultades si se piensa aquello como elemento fundante de las organizaciones de mujeres, que en momentos parecieron estar motivadas, principalmente, por una fuerza netamente afectiva y emocional.

Bajo el prisma interpretativo de que la racionalidad de los sentimientos es el sostén principal y fundacional del mundo privado, Para Brunner surge la pregunta de que si a través de este se pueden las mujeres fomentar proyectos de transformación políticos en la esfera pública. El autor se inclina a una propuesta positiva a tal interrogante, ya que en el Estado moderno la familia es considerada el núcleo que sostiene al mismo tiempo la endogamia social, y que la racionalidad de los sentimientos es más que un mero punto de apoyo: es la socialización en tareas y agendas en las que los individuos se adscriben para la reproducción de valores como estructuras. Criticar la noción del mundo privado en forma de espacio meramente sentimental es fundamental para obtener una estrategia comunicacional que conlleve a su redefinición, concatenándolo con el mundo público⁷. Desde un análisis crítico en torno a la injerencia que tienen las organizaciones de mujeres, Rodó y Saball desde la perspectiva de la Educación Popular, propondrán que:

“la actividad educativa al interior de las organizaciones de subsistencia no ha generado mayor participación ni protagonismo de las mujeres en el ámbito socio-político; de otra, a pesar de que muchas mujeres salen de sus casas para enfrentar junto a otras sus problemas más urgentes, ello no asegura un cambio profundo respecto de su condición de sector oprimido. Aún más, es evidente el temor de que, una vez resuelta la crisis, las mujeres vuelvan a su casa para seguir relegadas a la función doméstica”⁸

⁶ Kirkwood, Julieta, *Ser política en Chile*, p. 85.

⁷ Brunner, José Joaquín, *La mujer y lo privado en la comunicación social*, Material de discusión, N° 51, Santiago: FLACSO, 1983, p. 8.

⁸ Rodó, Andrea; Saball, Paulina, “Educación popular, autonomía relativa y constitución de un movimiento de mujeres”, en *Proposiciones*, N°15, Santiago: SUR ediciones, 1987, p. 196.

En este sentido, las observaciones que se realizaron en torno a la existencia de un movimiento social de mujeres, nos llevan a pensar en una problemática originaria. Esta correspondería a que las propias organizaciones de mujeres emergieron sobre un terreno inestable, en donde lo primero era comprender (individual y colectivamente) la necesidad de organizarse, revalorizar la asociatividad y ayuda mutua, y también el reconocimiento entre los sujetos que compondrían dichas organizaciones. Así, los “períodos de silencio” que han tenido lugar en la historia de las organizaciones de mujeres en Chile, no son meros espacios temporales con un significativo vacío, sino que quiebres en la conformación de identidades femeninas colectivas, que al momento de resurgir –como en el caso de la coyuntura dictatorial – implica reajustes, reorganizaciones, pensarse nuevamente como actoras políticas-sociales y resignificar su ciudadanía. Con esto queremos decir que la participación política de la mujer, efectivamente se expresó en base a un conjunto de complejidades que pasan tanto por el contexto histórico en el que se sitúan, pero también por la propia asimilación femenina como agentes incidentes en los cambios estructurales.

Desde otra perspectiva, Flisfisch realizó una lectura desde dos dimensiones del involucramiento en política: objetiva y subjetiva. En base a ello, menciona que un bajo involucramiento subjetivo está asociado a un nivel igual de bajo en el involucramiento objetivo. Por el contrario, si el involucramiento subjetivo es alto no implica necesariamente que la persona sea efectivamente políticamente activa, pues “el grado de participación efectivo en política no depende sólo de la existencia de actitudes y orientaciones que favorezcan esa participación”⁹. Para el caso de las mujeres, el autor se pregunta sobre cuánto les interesa la actividad política, lo cual porcentualmente es muy deficitario en relación a los hombres. Entonces, para la superación de dicho problema, sería necesario que el movimiento de mujeres tuviese “una capacidad de levantar propuestas políticas que apunten a modificar su actual situación como sector social; propuestas que planteen alternativas frente a aquellas áreas relevantes de la vida de la mujer. De la misma manera, requiere de la presencia pública de las mujeres demandando, proponiendo y mostrando alternativas”¹⁰. En este sentido, las propuestas emancipatorias serían un enclave del

⁹ Flisfisch, Ángel, *El involucramiento subjetivo de la mujer en política: Exploración de algunas hipótesis*, Documento de trabajo N°457, Santiago: FLACSO, 1990, p. 3.

¹⁰ Rodó y Saball, “Educación popular, autonomía relativa ...”, p. 201.

movimiento de mujeres que apela a la transformación total de las relaciones entre los sujetos y también de la relación de las mujeres con ámbitos como el político

Desafíos de la participación política femenina

El contexto en el cual comenzaron a emerger las distintas organizaciones de mujeres, es a partir de lo que Rodó y Saball describen como un “proceso de reconstrucción del mundo popular, de resistencia a los efectos de la dictadura y de construcción de alternativas propias en el ámbito de la subsistencia, la organización y el quehacer”¹¹. Dirán, a su vez, que este es el proceso en donde las organizaciones de mujeres renacen para instalar, de manera muy incipiente, su proyecto de emancipación. En este sentido, las organizaciones de mujeres comienzan a fundarse tras los primeros meses del golpe de Estado, como es el caso de la Agrupación de Mujeres Democráticas¹². Pero ya hacia la década de 1980 se produjo una proliferación de las organizaciones, existiendo, así, agrupaciones constituídas por mujeres de distintos sectores, proponiendo diferentes formas de acción que iban en concordancia a las etapas de violencia ejercidas por el régimen dictatorial¹³. Etapas que por lo demás estructuraron las principales preocupaciones de las distintas organizaciones de mujeres constituyendo, entonces, las etapas del mismo movimiento¹⁴.

Así, las formas organizativas de las mujeres de la época, abarcaron una amplia gama de plataformas, en concordancia a la diversidad de mujeres que integraron el movimiento. De este modo, toma relevancia la Educación Popular en temas como la solidaridad, asistencia y Derechos humanos, educación orientada a la “toma de conciencia” de la

¹¹ Rodó, Andrea; Saball, Paulina, “Educación popular, autonomía relativa ...”, p. 192.

¹² Ver: Prudent, Elisabeth, *Y entonces estaban ellas. Memoria(s) de las Mujeres Democráticas durante la dictadura*, Santiago: CEIBO ediciones 2013.

¹³ Las etapas de violencia durante la dictadura tuvieron sus momentos particulares que pasan desde el exterminio masivo e indiscriminado, al ejercicio de violencia con un carácter dirigido. Esto delimitó las formas de acción de los movimientos y partidos de oposición a la dictadura en la medida de que iban redefiniendo su actuar en el escenario político-público nacional. Para una mayor profundización de las etapas de la violencia y las políticas de memoria, ver: Winn, Peter; J. Stern, Steve; Lorenz, Federico; Marchesi, Aldo. *No hay mañana sin ayer. Batallas por la memoria histórica en el Cono Sur*. Santiago, LOM Ediciones, 2014.

¹⁴ Las etapas del movimiento de mujeres las comprendemos según lo elaborado por Sandra Palestro (1991) en su texto *Mujeres en movimiento 1973-1989*, en donde expone cuatro fases fundamentales: primero, la que abarca entre 1973-1976 en donde el trabajo de las mujeres se evocó a la defensa de los derechos humanos; la segunda entre 1977-1981 que se caracterizó por la proliferación de las organizaciones de mujeres y en donde tienen lugar los Encuentros Nacionales de Mujeres; la tercera comprendida entre 1982-1986 se marca por la intensificación de las movilizaciones y Jornadas de Protesta; y por último, el periodo entre 1987-1989 en donde predomina la formulación de propuestas a la democracia.

condición de la mujer, y una educación orientada en términos políticos para la constitución de un movimiento unificado¹⁵.

Las propias actoras del movimiento de mujeres atendieron los cuestionamientos en torno a la identificación de las distintas organizaciones de mujeres como un movimiento en donde todas sus partes participaban de un mis diálogo. Así, es como Gaviola, Largo y Palestro, siendo actoras del mismo movimiento, explican a través de elementos de las ciencias sociales la categorización de estas organizaciones como un movimiento:

“En primer término, un movimiento social debiera tener un diagnóstico o una visión más o menos estructurada de lo que es su sociedad y de lo que origina los conflictos a los cuales se enfrenta. En segundo término, es preciso tener una visión de la propia identidad: ¿quiénes somos?; ¿qué nos identifica?; ¿por qué estamos luchando? [...]. Y como tercer elemento definitorio, un movimiento social debiera tener la capacidad de identificar las barreras, los obstáculos, los antagonistas involucrados en el conflicto o realidad que se propone modificar”¹⁶.

Estos tres elementos señalados por las autoras, habrían sido abordados por el movimiento de mujeres, que pese al tratamiento incipiente de cada uno de ellos, sí fueron apropiados al momento de plantearse como un movimiento colectivo. Entonces, desde el diagnóstico elaborado principalmente por mujeres intelectuales, y atendiendo a los elementos señalados por ellas, primero, habría existido un proceso de reflexión sobre el carácter dictatorial de la administración chilena, pero también una reflexión que se expande al señalar que la mujer no solamente es víctima de la violencia de la dictadura, sino que también de una violencia dictatorial. En segundo lugar, las formas incipientes de organización femenina posibilitaron el encuentro entre mujeres, evidenciar problemas comunes y junto con ello construir una

¹⁵ Andrea Rodó y Paulina Saball en su texto “Educación popular, autonomía relativa y constitución de un movimiento de mujeres” (1987), identifican diferentes etapas en la educación del movimiento de mujeres: 1) Educación para la solidaridad (1973-1975), representando una de las primeras formas organizativas de mujeres y de reconocimiento entre ellas, a partir de instancias colaborativas, asistenciales y de subsistencia impulsadas por la Iglesia Católica, tales como los Comedores Infantiles y las Bolsas de Cesantes. 2) Educación para la “toma de conciencia” (1976-1980), período caracterizado por la diversificación de las organizaciones y con ello, también, la ampliación de los campos temáticos y de acción. 3) Educación para la constitución de movimiento de mujeres (1981-1986), marcado por la toma de conciencia de que la dictadura no sería un proceso transitorio, por lo que debían —a través de la organización— reconstituir las identidades fragmentadas por el Golpe de Estado.

¹⁶ Gaviola, Edda; Largo, Eliana; Palestro, Sandra, *Una historia necesaria. Mujeres en Chile: 1973-1990*, Santiago: Akí & Aora Ltda, 1994, p. 195.

imagen de mundo a partir de las propias experiencias. Este punto es el motor para la construcción de identidad, un primer paso en donde desde la asociatividad hay un reconocimiento que comenzó a generar lenguajes en común que posibilitaron la configuración de un análisis crítico de la coyuntura desde una perspectiva femenina. Y en tercer lugar, los obstáculos del movimiento de mujeres, son internos y externos. Los internos refieren a la complejidad de instaurar un movimiento interconectado en donde existiera una real comunicación entre las distintas organizaciones para generar un proyecto político en común. Mientras que los factores externos remiten, por una parte al sistema dictatorial en sí mismo y, por otra, a la recepción y relación que el movimiento de mujeres tuvo con otros movimientos sociales y en particular con los partidos políticos. En el fondo, es preguntarse por el cómo se inserta un imaginario político femenino en una estructura política ya conformada en claves jerárquicas y masculinas.

Entonces, la participación de las mujeres en los distintos espacios apropiados, fue conformando una unidad en base al reconocimiento con otras mujeres. El hecho de enfrentar situaciones con “otras”, fue uno de los principales motores que las mujeres tuvieron para comprender que las acciones que ellas estaban llevando a cabo también podían tener una lectura política. En este sentido, Gabriel Salazar rescata el carácter cultural de los movimientos sociales, en donde la cultura centrada en la coyuntura y con una perspectiva localista, es también el desarrollo de una “política por soberanía”¹⁷ que estaría en constantes disputas de poder para realizar transformaciones institucionales.

Las distintas formas organizativas enfrentaron el problema de tener que estar en un constante “reajuste”, de partir de cero y comenzar a crear nuevas plataformas políticas que conjugaran tanto la lucha antidictatorial, como las luchas propias que emergieron desde un proceso de autoconocimiento e identificación de las mujeres en Chile, o como bien señalan Julio Pinto y Gabriel Salazar al indicar que “la movilización de la mujer durante este período respondió a la cuádruple condición de ser humano, ciudadana, mujer y, sobre todo, madre-esposa-hermana-amiga de los/as caídos/as. Es decir: respondió a la electricidad *solidaria* que recorrió, en transversal, todos los sectores sociales más golpeados por la

¹⁷ Salazar, Gabriel. *Movimientos Sociales en Chile. Trayectoria histórica y proyección política*. Santiago, Uqbar Editores, 2012, pp. 418-419.

dictadura”¹⁸. En este punto, Salazar y Pinto realizan un rescate de las organizaciones de mujeres pobladores, quienes habrían constituido una visión de asociatividad que se generó al margen de las estructuras y nociones que tenían las demás organizaciones:

“En efecto: las pobladoras de los años 80’no se organizaron sólo para tomarse un sitio y levantar un campamento a la espera del decreto estatal; o para “asociarse” con el Estado Populista *según* los términos que proponía éste. Pues ellas se organizaron *entre sí* (y con otros pobladores) para *producir* (formando amasanderías, lavanderías, talleres de tejido, etc.), *subsistir* (ollas comunes, huertos familiares, comprando juntos), *autoeducarse* (colectivos de mujeres, grupos culturales), y, además, *resistir* (militancia, grupos de salud. Todo ello no sólo *al margen* del Estado, sino también *contra* el Estado”¹⁹

Este rescate de las características del movimiento de pobladoras, pasa por contrarrestar, en cierta medida, la labor ejecutada por mujeres intelectuales de sectores medios, pues Salazar y Pinto identificaron que desde el mundo popular se propuso un feminismo acorde a las acciones que las mujeres estaban llevando a cabo y desde un análisis de la realidad material. A diferencia del feminismo de carácter más intelectual y teórico altamente influenciado por las corrientes feministas europeas que las mujeres retornadas buscaron implementar.

II. Reconocerse como Movimiento Social

Debate coyuntural: formas de observar el movimiento social. Algunos apuntes teóricos

Para una comprensión más profunda del objeto histórico que aquí se aborda, es menester contextualizar la discusión y debate intelectual existente en función de la emergencia y desarrollo de los movimientos sociales. En efecto, sin esta tensión del conocimiento en dicha temática, se esperararía un relato unívoco, totalizando la interpretación social y política de la realidad.

Bajo este prisma, se define como movimiento social las formas más menos organizadas de acción colectiva orientadas al cambio social –ya sean estructurales o a nivel

¹⁸ Salazar, Gabriel; Pinto, Julio. *Historia Contemporánea de Chile IV. Hombría y Feminidad*. Santiago: LOM Ediciones, 2002, p. 198.

¹⁹ Salazar y Pinto, *Historia Contemporánea de Chile IV...*, p. 261.

de individuo— los cuales surgen a partir de identidades colectivas con tinte ideológico, que moviliza hacia la transformación cultural²⁰. En base a dicha definición, se aluden diferentes tipos de movimientos sociales, cuya definición se vislumbra según la estrategia de cambio, según su devenir histórico, su dimensión geográfica o dirección. En ellos sus denominadores comunes son: la existencia de un colectivo de personas, cierto grado de organización (independiente de que sea informal) y, por último, existen acciones que adoptan la convencionalidad hasta la espontaneidad, siempre y cuando oriente a un fin colectivo²¹.

De acuerdo a lo anteriormente expuesto, la lucha feminista en la dictadura militar se conformaría como un movimiento social, pues se vislumbra como un colectivo – en su mayoría mujeres- que reivindican la lucha social desde una perspectiva de género, promoviendo la participación política y social en todos los espacios públicos. No obstante dicho colectivo se configura desde distintas células que adquieren un rol determinado, el cual puede ser de carácter activo o bien, pasivo (receptor de los beneficios del movimiento social y su vía de acción es la lucha). De este modo las distintas poblaciones que confluyen en la conformación del movimiento social, podrían interpretarse como sub-movimientos que enriquecen al colectivo, como una identidad construida desde la reciprocidad y mutua dependencia.

En ese contexto, la reciprocidad provocaría una sinergia únicamente en ese fin, en donde los beneficios son bidireccionales, cuyo denominador común es la horizontalidad de roles pero cada uno con especificidades. Un ejemplo claro de ello es el movimiento intelectual feminista, el cual surge en los años 70' por la fuga de cerebros provenientes de Europa²², quienes habían sido acogidos por su exilio en dictadura y adquirieron conocimientos y herramientas contemporáneas. Su rol se entiende dentro de lo que Bourdieu denomina el campo intelectual, es decir se definen como individuos empíricos, y a su vez epistemológicos. Lo anterior dice relación con que los primeros son y contribuyen

²⁰ Eyerman, Ron y Jamison, Andrew, *Social movements: a cognitive approach*, Cambridge: Polity Press, 1991, p. 9.

²¹ Touraine, Alain, *¿Qué es la democracia?*, México: Fondo de Cultura Económica, 2000.

²² Didou, Sylvie, “¿Pérdida de cerebros y ganancia de saberes?: la movilidad internacional de recursos humanos altamente calificados en América Latina y el Caribe”, en: (eds.) Sylvie Didou y Etienne Gérard, *Fuga de cerebros, movilidad académica, redes científicas*, México D.F: Centro de Investigación y de Estudios Avanzados (Cinvestav), 2009, p.42.

a la construcción y análisis del movimiento social, y desde los segundos otorgan herramientas técnicas para la develación de la realidad y su impacto en el mundo social²³. Es decir tienen la posibilidad de abstraerse para el análisis e influirse para la acción, un ejercicio permanente de reciprocidad y direccionalidad conformando todo un movimiento, para dar la factibilidad de un análisis en un tiempo específico.

Roger Chartier, estando de acuerdo con la existencia de otros movimientos, y la conjetura de la reciprocidad, da cuenta de que la cultura es la que media cualquier conformación de movimientos sociales mediante el discurso. Este resignifica conceptualmente el movimiento social, mediante representaciones sociales que promueven ideopraxis. En efecto, se haría un tanto complejo el rescate de la reciprocidad, debido a que su permanencia influiría sin descanso en los significantes y significados de cada fenómeno, lo que impediría una lectura concreta o “verídica” de los distintos elementos, características o alcances de un impacto social. En sí solo se constituiría como acercamiento que se puede interpelar e incluso perder relevancia mediante las representaciones sociales colectivas e individuales. Es decir, un movimiento social ante esta perspectiva puede también no constituirse como tal.

Ante esta imposibilidad de estudio histórico de carácter metafísico, Luhman ofrece un acercamiento sociológico para el estudio de los movimientos sociales. En él reconoce un sistema social que se configura como movimiento general, y este estaría compuesto por subsistemas que formarían parte del movimiento social, pero solo a partir de un modo funcional, sin involucramiento de los sistemas psíquicos. En ese sentido, el movimiento intelectual se entendería como un submovimiento que para ejercer su rol analítico se abstrae del sistema del cual forma parte, en el cual realiza una observación de segundo orden²⁴, para evitar involucramiento e influencia social. A partir de lo anteriormente expuesto cabe preguntarnos: ¿Es el movimiento intelectual un dispositivo únicamente de observación?

En el caso chileno, la discusión en torno a los movimientos sociales que emerge con fuerza en la década de 1980, no apuntaba solamente a comprender el movimiento en sí

²³ Bourdieu, Pierre, *Campo de poder y campo intelectual*, Buenos Aires: Taurus, 2002, p. 23.

²⁴ Luhmann, N., “Introducción a la Teoría de Sistemas”, Alianza Editorial, 1996, pp. 51-84.

mismo, sino que a colocarlo en perspectivas a los partidos políticos y a las formas tradicionales de hacer política con las que se desarrollaba el campo²⁵. Lo cual pareciera haber generado contradicciones dentro del mismo movimiento de mujeres, como la tensión que Salazar y Pinto evidencian entre mujeres de clase media y las pobladoras. Esta tensión habría sido producto por las contradicciones de clase, las formas organizativas, los tipos de violencia específicas aplicados sobre cada uno, las estrategias/prácticas políticas y los discursos que de aquello se desprenden²⁶. En este sentido, los autores plantean que las pobladoras habrían desarrollado un tipo de organización y cooperativismo diferente al de las mujeres de sectores medios, al mismo tiempo de que el feminismo se gesta de manera distinta. El movimiento social de mujeres como tal, no se pone en cuestión, pero si pareciera que los autores buscan identificar la supeditación/rescate de los discursos, es decir, la discusión de género debiese ser observada en relación a otras categorías analíticas como la de clase.

Auto-denominación y sentidos identitarios dentro del movimiento de mujeres

Las experiencias individuales y compartidas fueron las que modelaron una identidad colectiva dentro del movimiento de mujeres. La formación de mundos compartidos y, con ello, la conformación de comunidades interconectadas dentro del mismo. En este sentido, durante la dictadura se desarrollaron investigaciones de la historia y participación de las mujeres en relación a tiempos pasados. Conocer su historia y comprenderse dentro de la construcción de un movimiento con antecedentes y con posibles proyecciones. En este sentido, “construir identidad individual y colectiva significa necesariamente abordar aquellos núcleos básicos que configuran “el ser mujer”; reconocerse a sí misma y reconocer a otros como parte de un grupo social que tiene una realidad específica; diferenciarse de los otros sujetos sociales explicitando y valorando lo propio”²⁷.

En base a ello, los distintos modos de organización se construyeron según la identidad femenina. Con esto queremos decir que la horizontalidad dentro de las diferentes organizaciones, fue un modo de articulación que llevó a que las mujeres se sintieran más

²⁵ Kirkwood, *Ser política en Chile...*, p. 16.

²⁶ Salazar y Pinto, *Historia Contemporánea de Chile IV...*

²⁷ Rodó, Saball, “Educación popular, autonomía relativa ...”, p. 199.

“cómodas y acogidas”²⁸. Este mecanismo de organizarse plasma, por una parte, una manera diferenciada de observar las formas de relacionarse al interior de una organización y, por otra parte, también es una forma de contrarrestar la manera jerárquica con la que se comprendía el ejercicio de lo político.

En el rápido transitar de las organizaciones de mujeres, existió una manera diferenciada de experimentar la práctica política y los significados que aquello se le entregaba, pues, se encontraron en una coyuntura en donde el presentismo, el “hacer” de manera inmediata, avanzaba a pasos más agigantados que la comprensión que las actoras tenían del movimiento mismo. Tal como retratan algunas de sus actoras quienes indican que “eso es importante para esta historia, porque su relato ha sido hecho con palabras y conceptos que al principio no conocíamos ni teníamos conciencia de estar viviendo”²⁹. En este sentido la conceptualización y definiciones de una identidad femenina colectiva se desarrollaban de manera tardía en relación a la conformación de las organizaciones. En ese sentido, las mismas emergen sobre puntos generales en común que paso por una observación preliminar de la propia experiencia.

III. Nuevas lecturas sobre la práctica política

Integración de un nuevo lenguaje político y formación de comunidad

El escenario pluralista de las organizaciones sociales que emergieron con mayor fuerza en la década de 1980, y siendo conscientes de la instauración de un régimen que se extendería en el tiempo sin, hasta ese momento, una fecha de término, “encontró estímulos importantes en la emergente propuesta de impulsar el desarrollo de los movimientos sociales, de reconocer la heterogeneidad del mundo popular, y en la valoración de las transformaciones en el ámbito de la vida cotidiana, la cultura y las relaciones sociales”³⁰. Esto posibilitó que las luchas por la recuperación de la democracia contemplaran que el autoritarismo se encontraba presente en todas las esferas sociales, identificando que existía un autoritarismo de orden estructural y patriarcal, pero también en un plano más cultural y

²⁸ Gaviola, Edda; Largo, Eliana; Palestro, Sandra, “Si la mujer no está, la democracia no va”, en *Proposiciones*, N° 21, Santiago: SUR ediciones, pp. 108-116.

²⁹ Bravo, Rosa; Cruzat, María Isabel; Serrano, Elena; Todaro, Rosalba. “Y así va creciendo... el feminismo en Chile”, en *Ediciones de las mujeres*, N°5, Santiago: ISIS Internacional, 1986, p. 25.

³⁰ Rodó, Saball, “Educación popular, autonomía relativa ...”, p. 196.

simbólico. Es por ello que la lucha de las mujeres pasó por un intento de modificar los sentidos comunes sobre los cuales se estructuraba la sociedad chilena y en ese sentido también había una necesidad por transformar los códigos políticos y la formas de comprender las distintas expresiones políticas y sociales. Desde una comprensión incipiente de las formas de hacer política, las pobladoras, por ejemplo, construyeron una estructura política-social alternativa, tal como señalan Salazar y Pinto:

“Las pobladoras aprendieron a asociarse entre sí para ir resolviendo, ellas mismas, sus problemas. Aprendieron a superarse, unas con otras. En un plano de igualdad, con transparencia rotándose las tareas y los cargos. *Y a esto lo llamaron “participar”*. “Participar”: una práctica que, de probarse una y otra vez como un quehacer colectivo eficiente y educador, llegó a ser un concepto. Pero no un concepto vacío o puramente teórico, sino un trozo de *experiencia neta. De realidad.*”³¹

La incorporación de nuevos lenguajes políticos, en parte proviene de los procesos educativos y de auto-formación realizados por las mujeres, pero en gran medida también a las experiencias, a la toma de conciencia de una historicidad del movimiento y su trascendencia. Parte de esto se ve reflejado en la emergencia de un “feminismo popular” pues habría sido un gran colector de identidades femeninas populares: de explotación, crisis, marginalidad, resistencia y autogestión³². El cual es definido por Salazar y Pinto a partir de un conjunto de características: 1) el feminismo popular comprende la liberación personal como un *proceso o proyecto común*, en donde toman relevancia las redes de solidaridad; 2) la noción de feminidad se centró en el *despliegue programático* de una capacidad autogestionaria múltiple más que atenerse a los roles tradicionales que invocaban una imagen ideal de matrimonio y familia; 3) primó la construcción de una participación social de carácter social y comunitaria a modo de ejercicio político; 4) buscaron proponer un modelo de democracia que incluyera a todos los ciudadanos y no delimitar el espacio de soberanía a la comprensión de esta según la estructura binaria de los sexos; 5) el feminismo popular tiene la fuerza de una historia propia que introdujo formas alternativas al sistema imperante desarrollando micro-poderes sociales; 6) la lucha de las pobladoras al nacer desde una condición de explotación, extrapola la lucha netamente femenina a una que es

³¹ Salazar; Pinto, *Historia Contemporánea de Chile IV...*, p. 266.

³² Salazar; Pinto, *Historia Contemporánea de Chile IV...*, p. 208

también de clase, por lo que reúne en sí tres expresiones socio-culturales: la de las clases explotadas, la de un modo democrático-vecinal de hacer política, y la de las mujeres³³.

Historicidad y proyecciones del movimiento de mujeres

Pensar en la historicidad del movimiento de mujeres, es también parte del ejercicio político que realizaron las distintas organizaciones de mujeres durante la dictadura, para situarse dentro de la coyuntura pero también para el aprendizaje sobre la trayectoria del movimiento y las demandas inconclusas que se retomaron durante los 80'. En este sentido, Kirkwood indica que:

“La historia femenina no diferenciada, sumida en los procesos sociales globales, está, con apretada frecuencia, sesgada por una visión general masculina y contiene ese sello; está sesgada por recuentos estadísticos realizados con perspectiva ajena a su resolución, y fundamentalmente distorsionada en cuanto ha sido contada como una serie de hazañas espectaculares de mujeres individuales, con miras a la autoafirmación de ellas en el cumplimiento de su trayectoria convencional. Por el contrario, la recuperación de la historia propia de opresión y contestación de todo un colectivo de mujeres, permitirá satisfacer la necesidad de que las generaciones presentes conozcan su propio pasado real. Con vistas a que su inserción futura no tienda, nuevamente, a la negación de sí mismas y a la reafirmación de su no identidad”³⁴

En esta misma línea, Paulina Saball y Andrea Rodó, consideraron que “la constitución de la mujer como actor requiere un reconocimiento de su identidad; una mirada crítica acerca de su historia de opresión y los mecanismos de socialización que la han transformado en un ser pasivo, dependiente y relegado al ámbito doméstico. Es necesario, pues, que las mujeres se planteen y participen como tales en la transformación de la sociedad”³⁵. Tanto Kirkwood, como Rodó y Saball, concuerdan en la necesidad de entregarle una historicidad al movimiento de mujeres con vías a la formación de proyectos y transformaciones venideras. Este aspecto fue atendido por las mujeres intelectuales de sectores medios, quienes aparte de desarrollar investigaciones académicas sobre la condición de la mujer

³³ Salazar y Pinto, *Historia Contemporánea de Chile IV...*, pp. 208-209

³⁴ Kirkwood, *Ser política en Chile...*, p. 23.

³⁵ Rodó y Saball, “Educación popular, autonomía relativa ...”, p.196.

durante el período de dictadura, también realizaron investigaciones en torno a la participación y condición femenina en los periodos que le antecedían³⁶.

La incorporación de nuevas categorías analíticas propuestas por el movimiento de mujeres, desacraliza las nociones de normalidad establecidas hasta el momento, pues fueron categorías que se construyeron a la luz de los encuentros entre ellas, de la intervención-acción realizada por mujeres intelectuales de sectores medios y también por la experiencia empírica de una dominación que se ejerció en distintas direcciones. Pues no comprenderemos la dimensión de la violencia ejercida hacia la mujer solamente en dos planos: uno macro (la dictadura en general) y una más específica (la referida a la violencia de género), sino que son otros elementos que operaron dentro de una constelación política – social como los tópicos de clase, raza y también hacia las incipientes formas de incorporar lo político en un grupo humano que comenzó a construirse como movimiento unificado durante la coyuntura misma.

Conclusiones parciales

A modo de conclusión, quisiéramos referirnos a algunas reflexiones que surgen a partir de este estudio. En primera instancia, indicar que el debate generado desde el mundo intelectual, no es un debate que se genera desde la mera observación distante de los procesos sociales que se llevaron a cabo durante la dictadura, sino que más bien a partir de una mirada cercana o desde el involucramiento con algunas de las organizaciones. En ese sentido, la discusión misma sobre el movimiento de mujeres, cuestionando su real existencia en tanto movimiento social, es en sí mismo un aporte para la comprensión política de las mujeres durante la coyuntura misma. Sin perder de vista, como hemos mencionado anteriormente, que es un movimiento en construcción que aspira a ser una fuerza política incidente. Un gran primer paso para ello es que captara la atención de sectores intelectuales y partidistas como para desarrollar un análisis en torno a la participación política de la mujer. En el fondo, es un movimiento que más allá de todas sus debilidades, es un movimiento que no pasó desapercibido.

³⁶ A modo de ejemplo, ver: Edda Gaviola, Ximena Jiles, Lorella Lopresti, Claudia Rojas, *Queremos votaren las próximas elecciones. Historia del movimiento femenino chileno 1913-1952*, Santiago: Centro de Análisis y Difusión de la Condición de la Mujer, La Morada, 1986.

En segundo lugar, quisiéramos realizar un rescate de este movimiento en relación a todas las complejidades que tuvo para constituirse como tal, no solo dentro de la coyuntura dictatorial, sino que también en lo que ha significado históricamente la incursión de las mujeres en ámbitos públicos y políticos. Estas complejidades multifactoriales, a juicio propio, guardan relación con la incorporación de nuevas perspectivas de hacer política que se alejan del sistema de partidos que ha imperado en la historia de Chile. Y en ese mismo sentido, también a la comprensión que se ha tenido sobre cómo debiesen operar los movimientos sociales que, por lo demás, se han pensado en función y al servicio de los partidos políticos hegemónicos. Así, la integración de las mujeres en el escenario de oposición a la dictadura, exigió que el análisis sobre la participación política, la lucha contra la dictadura y las aspiraciones que se tenían sobre el retorno a un sistema democrático, debiese contemplar no solo las dimensiones políticas ideológicas y el fin del autoritarismo, sino que también replantearse las estructuras simbólicas y culturales sobre las que se cimentaba la sociedad chilena.

Por último, indicar que parte de las dificultades del movimiento de mujeres por constituir una identidad colectiva, pasa también por la pluralidad de identidades que lo compusieron, pues es un error pensar que por el mero hecho de estar constituido por “mujeres” en tanto categoría cerrada, es sinónimo de una identidad en común. Como fuimos viendo en las páginas anteriores, las distintas expresiones de lo femenino, como todo grupo social, entró en contradicciones, tensiones y, en algunas ocasiones, a miradas disociativas de cómo involucrarse políticamente. Sin embargo, aquello no significó que esa diversidad de perspectivas no pudiese coexistir y dialogar, es más, es una muestra más de las complejidades que se esbozan al momento de pretender indagar en el movimiento de mujeres.

Bibliografía

- Bourdieu, Pierre, *Campo de poder y campo intelectual*, Buenos Aires: Taurus, 2002.
- Bravo, Rosa; Cruzat, María Isabel; Serrano, Elena; Todaro, Rosalba. “Y así va creciendo... el feminismo en Chile”, en *Ediciones de las mujeres*, N°5, Santiago: ISIS Internacional, 1986
- Brunner, José Joaquín, *La mujer y lo privado en la comunicación social*, Material de discusión, N° 51, Santiago: FLACSO, 1983
- Castillo, Alejandra, *Nudos feministas*, Santiago: Palinodia, 2011.
- Didou, Sylvie, “¿Pérdida de cerebros y ganancia de saberes?: la movilidad internacional de recursos humanos altamente calificados en América Latina y el Caribe”, en: (eds.) Sylvie Didou y Etienne Gérard, *Fuga de cerebros, movilidad académica, redes científicas*, México D.F: Centro de Investigación y de Estudios Avanzados (Cinvestav), 2009.
- Eyerman, Ron y Jamison, Andrew, *Social movements: a cognitive approach*, Cambridge: Polity Press, 1991.
- Flisfisch, Ángel, *El involucramiento subjetivo de la mujer en política: Exploración de algunas hipótesis*, Documento de trabajo N°457, Santiago: FLACSO, 1990.
- Garretón, Manuel Antonio, *Espacio público, mundo político y participación de la mujer en Chile*, Documento de trabajo N°2, Santiago: FLACSO, 1990.
- Gaviola, Edda; Largo, Eliana; Palestro, Sandra, “Si la mujer no está, la democracia no va”, en *Proposiciones*, N° 21, Santiago: SUR ediciones, pp. 108-116.
- Gaviola, Edda; Largo, Eliana; Palestro, Sandra, *Una historia necesaria. Mujeres en Chile: 1973-1990*, Santiago: Akí & Aora Ltda, 1994.
- Kirkwood, Julieta, *Ser política en Chile. Las feministas y los partidos*, Santiago: LOM Ediciones, 2010.
- Luhmann, N., “Introducción a la Teoría de Sistemas”, Alianza Editorial, 1996
- Muñoz, Adriana, “La voluntad de ser movimiento”, En *Los movimientos sociales frente al plebiscito*, taller de análisis Movimientos Sociales y Coyuntura N°2, Santiago: ECO, 1988.
- Palestro, Sandra. *Mujeres en movimiento 1973-1989*, Documento de trabajo N°14, Santiago: FLACSO, 1991.
- Rodó, Andrea; Saball, Paulina, “Educación popular, autonomía relativa y constitución de un movimiento de mujeres”, en *Proposiciones*, N°15, Santiago: SUR ediciones, 1987.

Salazar, Gabriel. *Movimientos Sociales en Chile. Trayectoria histórica y proyección política*. Santiago, Uqbar Editores, 2012.

Salazar, Gabriel; Pinto, Julio. *Historia Contemporánea de Chile IV. Hombres y Feminidad*. Santiago: LOM Ediciones, 2002.

Touraine, Alain, *¿Qué es la democracia?*, México: Fondo de Cultura Económica, 2000.

Winn, Peter; J. Stern, Steve; Lorenz, Federico; Marchesi, Aldo. *No hay mañana sin ayer. Batallas por la memoria histórica en el Cono Sur*, Santiago: LOM Ediciones, 2014.